

EL BESUGO

Desde luego, aquel no estaba siendo su mejor día: se le había cortado dos veces la salsa holandesa y el chef casi le da una colleja cuando vio la forma tan poco ortodoxa en la que estaba emplatando el crujiente de cerdo con aroma de romero. En fin..., hizo de tripas corazón y continuó cortando, escaldando y marcando, aunque sin parar de darle vueltas a lo que no le había dejado dormir.

La frase de aquella chica tan guapa, tan rubia y tan pija, lo había destrozado: “No, a tu amigo no lo quiero conocer, que tiene ojos de besugo y me da mucha grima”. Su amigo lo miró con curiosidad, mientras él abría los ojos más si cabe ante el comentario de la chica, y estalló en una sonora carcajada: “¡No me había fijado nunca! Ja,ja,ja”. Y, acercándose un poco más de la cuenta a la rubia: “Y la verdad, también es un poco besugo”. Y entre risas cómplices se fueron los dos agarraditos de la cintura, dejándole solo y estupefacto.

Se fue a casa abrumado, no tanto por la traición de su amigo, si no por el comentario, tan despreciativo e injusto como banal e hiriente. Claro que tenía los ojos grandes, pero en su casa siempre se los alabaron porque eran igualitos a los de su abuelo materno. Claro que las órbitas le sobresalían un poco de su enjuto rostro, pero era por el ansia de conocer el mundo, que todo lo quería entender.

Dio vueltas en la cama sin poder cerrar sus grandes ojos y con la sospecha de que su madre lo había engañado toda su vida. Nunca se había sentido especialmente agraciado, pero provocar esa repulsión instintiva en alguien le había hundido por completo.

Con esas tribulaciones andaba cuando el jefe de sala entró en la cocina a cantar los nuevos pedidos: “¡Dos de arroz trufado para la 4 y salmón salvaje y besugo con cremoso para la 10!”. No pudo evitar un respingo y, acuciado por la curiosidad, se asomó disimuladamente a la sala para ver quién había pedido su sosias para cenar.

Se sintió desfallecer al ver tan acaramelados a su amigo el traidor y a la chica de anoche, que ya no le pareció ni tan guapa ni tan rubia, pero si más pija. Hablaban y reían alegremente, sin prestar atención a nada que no fuesen ellos mismos. Como si no supiesen que él trabajaba allí de cocinero.

Temblando de ira volvió a la cocina y ante su propia sorpresa y la de sus compañeros, se oyó a si mismo gritar: “¡Yo preparo el besugo, chef!”. El hombre no encontró motivo para decirle que no y solo le advirtió que tuviese especial cuidado al emplatar.

Una calma fría se apoderó de él y, con una pericia que le parecía nueva, desescamó, evisceró y decapitó el besugo. En un estado semifebriil, el pescado cocinándose ya en el fuego, preparó el cremoso de rúcula y violetas mientras la cabeza le daba vueltas. No entendía nada. ¿Por qué habían ido a cenar precisamente a su restaurante?, ¿para reírse de él todavía más? ¿Y lo de pedir el besugo? ¡Qué desfachatez!, ¡qué felonía! ¿No habían tenido suficiente con la humillación que le infligieron ayer?

Las manos le temblaban un poco mientras sacaba el besugo del fuego y se preparaba para emplatar. En su cabeza bullían mil ideas, algunas poco ortodoxas. “Esto no puede quedar así. Esos dos no pueden despreciarme y luego venir aquí, a mi casa, a mi templo, a reírse de mi otra vez. Tengo que hacer algo. Se merecen un castigo ejemplar”. Y entonces tuvo una idea que le pareció brillante.

Mientras urdía su pequeño plan, acabó de montar el plato y el chef tuvo a bien de felicitarle por una vez por la perfecta elaboración.

Se tomó un pequeño descanso para poder materializar su idea, pero no dejó de observar a la mesa 10. Mientras, la pareja no dejaba de parlotear y, por sus gestos, adivinó que estaban alabando la comida. La chica, ya definitivamente a sus ojos sin ningún encanto, reía coqueta y le daba a probar a su pareja el exquisito besugo, poniendo los ojos en blanco de placer.

Sonrió complacido y, henchido de satisfacción al ver que estaban disfrutando de su comida, continuó con su trabajo ya más relajado. Su venganza estaba en marcha. Entonces pensó en su amigo, en que quizás, aún después de demostrar lo poco que le apreciaba, le hubiese podido perdonar, que podía entender que para conseguir a una chica valía cualquier cosa. Tampoco era la primera vez que se reía de él. Pero viniendo a su restaurante con la mujer que lo había hundido en la miseria había cruzado una línea de la que ya no había retorno. Y, por supuesto, ella tampoco merecía su perdón. Cuando por fin terminó el servicio se sentía exhausto pero contento.

Ya en casa, y dando fin a su plan, le mandó a su amigo (examigo ya para siempre) la foto que había sacado subrepticamente en el restaurante: la cabeza del besugo que había cocinado, con sus enormes ojos en primer plano, junto a un bote semiborroso del que solo se podía distinguir una pequeña calavera negra. El texto con que la acompañó sonaba de lo más sincero: "Espero que hayáis disfrutado de la cena". Y mientras el teléfono empezó a vibrar, pareciera que con desesperación, cerró sus grandes ojos y con una sonrisa pícara se durmió.

